

PRESUPUESTOS HISTÓRICOS DE LA CONSTITUCIÓN PASTORAL «Gaudium et spes»

Se celebró en Ginebra, en Julio de 1966, la Conferencia mundial «Iglesia y sociedad» del Consejo Ecuménico de las Iglesias, en el transcurso de la cual 400 teólogos y laicos, de todos los países del mundo, estudiaron cuál debe ser la respuesta cristiana adaptada a los grandes cambios técnicos y sociales de nuestro tiempo. Monseñor Charles Moeller, Profesor de la Universidad de Lovaina, asistió en calidad de observador de la Santa Sede y tuvo una ponencia bajo el título «La- Iglesia en el mundo de hoy». En ella exponía fundamentalmente el contenido de la Constitución conciliar «Gaudium et Spes». Entresacamos de esta conferencia, por su especial interés, el capítulo que hace referencia a la evolución histórica que ha hecho posible la citada Constitución. Se presentan «hechos» sin enjuiciarlos moral o teológicamente.

L'Église dans le monde d'aujourd'hui, La Documentation Catholique, 63 (1966) 1485-1507

Causas culturales

A fines de la Edad Media asistimos a un fenómeno muy interesante: se trata del despertar de la conciencia laical. Los hombres comienzan a darse cuenta de que una civilización cristiana no quiere decir forzosamente una civilización dirigida por los clérigos, aunque de hecho éstos hayan ejercido en Occidente una labor de suplencia que, por lo demás, salvó durante la Edad Media los valores de la cultura antigua.

El Renacimiento significa el estallido multicolor de un pujante humanismo; el hombre toma conciencia de sus innumerables posibilidades, y la existencia de personajes como Leonardo de Vinci, Miguel-Ángel, y más tarde Leibnitz y otros, provoca una especie de deslumbramiento ante el hombre que perdura todavía en nuestros días.

Al mismo tiempo el descubrimiento de América, los hallazgos revolucionarios de Copérnico y Galileo, y el conocimiento cada vez más preciso del tiempo que lleva existiendo nuestro mundo, provocan en el hombre de aquella época una brusca sacudida en su concepción espaciotemporal del universo. En esta que podríamos llamar "crisis de conciencia" el hombre se siente a la vez inmensamente enpequeñecido -ya no es el centro del universo- y al mismo tiempo engrandecido de forma desmesurada hasta atreverse a preguntar con fuerza "¿por qué Cristo se encarnó tan tarde y en un rincón perdido del Imperio Romano?".

El mundo de la Edad Media, ingenuamente convencido de que la religión cristiana había llegado hasta los rincones más apartados de la humanidad, aparece de repente como un mundo demasiado pequeño, "un pequeño mundo de antaño".

Esta nueva concepción espaciotemporal acabará por afectar al mismo hombre en su intimidad más personal. A la luz de la psicología profunda la historia de cada individuo aparece como el aflorar de un continente, cuyas nueve décimas partes permanecen hundidas bajo el océano interior. De ahí, el poder hablar de la geografía de los espacios interiores y de la temporalidad del eterno retorno.

No podemos olvidar en este bosquejo de causas culturales la brusca posibilidad que han creado el disco y la fotografía de recorrer las inmensas salas de un "museo imaginario" que reúne las obras de arte del mundo entero en el espacio y el tiempo. En frase de Malraux "somos los primeros herederos del humanismo universal". Y en la misma medida en que nos hemos secularizado, dice Malraux, superando la idea de una fe intransigente, podremos ver en una estatua de Buda algo más que un ídolo que hay que destruir: contemplaremos en ella una obra de arte que, al compararla con otras, nos descubra ese "reto" de perennidad que el hombre lanza a través de ellas.

La aportación de las ciencias naturales

Al mismo tiempo el progreso de las ciencias exactas, con sus aplicaciones técnicas, sobre todo a partir del s. xix, provoca una toma de conciencia creciente del poder del hombre sobre el mundo. Más allá de una participación del hombre en el mundo, va apareciendo una conciencia de dominio sobre este mundo. El hombre se encuentra de repente en un universo "desacralizado". Frente a las viejas ciudades europeas, nacidas en el regazo de la catedral, rodeadas de una naturaleza llena de Dios, nos encontramos con las modernas ciudades americanas en las que los rascacielos ahogan y esconden los templos; son ciudades construidas por el hombre y para el hombre.

Poder del hombre por su ciencia, pero aislamiento también; el hombre no puede ya "envolverse con el manto maternal de la naturaleza", sino que debe compartir con sus semejantes la terrible responsabilidad de construir un mundo mejor. Todo esto como un *hecho* sin que lo enjuiciemos moral o teológicamente.

La aportación de la sociología

La sociología es una ciencia reciente que nos descubre al hombre en una situación en la que se halla por una parte condicionado por el medio social que le rodea y a la vez influye en él condicionándolo.

El hombre no es nada sin los demás, sin la relación permanente y fundamental con el otro, que es a la vez un amigo y un enemigo. Lo que la filosofía llama "intersubjetividad" posee también implicaciones sociológicas importantes.

La aportación de la política

También en este punto el paso de la teoría del poder político "de derecho divino" a la "soberanía del pueblo", constituye un descubrimiento del hombre solitario y autónomo, y a la vez solidario y responsable de la ciudad terrena. Jamás se podrá apreciar bastante la importancia de la Revolución francesa en este campo.

Este cambio en la conciencia del hombre irá creando el trasfondo sobre el cual la Iglesia católica se perfilará cada vez más como una ciudad rodeada de murallas, cuya sombra se proyecta a lo lejos, pero sin llegar a rozar, más que en su superficie, este universo a la vez sólido y frágil en el que el hombre se descubre rey y servidor.

La aportación de la teología

Durante estos siglos de cambios radicales que estamos estudiando podemos decir que, en síntesis, la problemática de la teología católica ha procurado evitar siempre dos escollos: por un lado, la exageración del "poder omnímodo de Dios" y por otro, la exageración de la "grandeza del hombre".

No nos referimos aquí a lo que entendemos normalmente por Magisterio eclesiástico, sino a los problemas que preocupaban a los teólogos de estos siglos.

El equilibrio perfecto de Sto. Tomás, al conciliar la omnipotencia de Dios con la libertad y responsabilidad del hombre, no tardó en romperse. Para citar algunos ejemplos de desequilibrio, basta recordar la encarnizada controversia entre las escuelas de Báñez y de Molina y, más cerca de nosotros, el drama jansenista, en el que una exaltación ilimitada de la omnipotencia predestinante de Dios conduce a un anonadamiento tan inhumano del hombre, que en muchos casos acabará por provocar la violenta rebelión de este mismo hombre contra Dios.

El existencialismo y el marxismo

Esta rebelión que insinuábamos hace un instante, es la que aflora en los escritos de muchos pensadores contemporáneos: Sartre, Camus, Merleau-Ponty, por citar algunos.

Si, por una parte, la grandeza de Dios se apoya sobre la pequeñez del hombre y, por otra, la idea de Dios es cada vez menos evidente, perdida en la penumbra de un pensamiento agnóstico en materia religiosa, se comprende perfectamente que el hombre se sienta tentado a consolarse en su caída y a hacer de lo mismo que lo relativiza y anonada la base para su afirmación prometeica frente a Dios. Y así comprendemos que para muchos filósofos contemporáneos la grandeza del hombre resida precisamente en la negación de Dios.

El pensamiento marxista; aunque partiendo de presupuestos muy diversos, ha llegado a conclusiones muy semejantes: el hombre es el "creador" de un mundo, cuyo sentido humano depende de su libertad. Frente a una religión demasiado jansenista, Marx ha condenado la evasión, la fuga del mundo real. Se ha visto obligado a afirmar que el hombre se constituye como tal en la misma medida en que niega a Dios. El hombre es el creador de sí mismo, de la sociedad, del universo. Lo que Marx ataca en el fondo es una caricatura de Dios, de la creación y de la omnipotencia divina. Hay un grave malentendido de base.

EL DIÁLOGO ENTRE LA IGLESIA Y EL MUNDO

Y es precisamente la profundidad misma de esta sima abierta entre la *Iglesia* -que todavía ha adaptado poco su mensaje eterno a estos cambios que hemos señalado- y el *hombre* --cada vez más consciente de su grandeza y que, olvidado de Dios, hace gala de su propia debilidad y contingencia- la causa del movimiento de aproximación de la Iglesia para dialogar con los hombres del mundo.

La insensibilidad que reinaba en los medios católicos del siglo pasado hizo que la enseñanza de la Iglesia sobre la dignidad del hombre, su libertad y responsabilidad, fuera mal comprendida, y aplicada de forma muy parcial. Es preciso añadir que este descubrimiento del hombre, este proceso de "humanización" de las cosas sagradas y trascendentes, no se hizo casi nunca bajo el signo de una legítima toma de conciencia de la edad adulta, sino bajo el de la revolución, de la lucha, y muchas veces del odio.

Con todo, en este atrincherarse de los católicos en posturas inamovibles, quizá se haya de buscar la causa de que sea posible ahora el diálogo entre una Iglesia, que ha permanecido "Iglesia", y un mundo que busca de nuevo su orientación religiosa.

Es importante señalar ahora brevemente las etapas principales de este proceso de acercamiento, que cristalizó finalmente en la Constitución conciliar que nos ocupa.

Los grandes Pontífices anteriores al Concilio

El pontificado de León XIII fue fecundo en buenos intentos de diálogo entre ciencia y fe, filosofía moderna y filosofía teísta, Iglesia y Estado, exégesis y dogmática.

Pío X con su reforma litúrgica puso de relieve la realidad del "Pueblo de Dios" que formamos todos los cristianos, superando el individualismo que se había apoderado de la piedad de los 'fieles y le privaba de sus raíces litúrgicas y comunitarias.

Benedicto XV, al estudiar el problema de las misiones, se dio cuenta de la absoluta necesidad de hacer responsables a los hombres de las nuevas cristiandades de la evangelización de sus pueblos respectivos. De este modo la Iglesia aparecía a los ojos de los hombres menos occidental y más universal.

Con Pío XI nace la Acción Católica, la consagración oficial del papel insustituible de los laicos en la Iglesia. No es que los laicos entren a formar parte del apostolado oficial de la Iglesia porque el sacerdote no puede atender a todos los asuntos, sino porque los laicos constituyen una parte esencial de la estructura de la Iglesia.

En la misma línea cabe situar en esta época la fundación de la JOC por el que después sería Cardenal Cardijn. Se trataba de la introducción en el pensamiento católico de la dimensión social, cuya influencia se haría notar sobre todo después de la segunda guerra mundial, al facilitar la presencia católica en las grandes aglomeraciones industriales.

El pontificado de Pío XII abarcó los años de la guerra y de la postguerra. Todo el mundo pudo percatarse durante la guerra hasta qué punto el mundo es una inmensa tela de araña: el menor conflicto en un punto se puede propagar inmediatamente al mundo entero; de ahí la importancia de los grandes organismos internacionales. La entrada de los católicos y, en general, de los cristianos, en estos organismos constituye un acontecimiento que pasará a la historia.

"Francia, país de misión"

La juventud actual apenas puede darse cuenta del impacto producido por este pequeño libro de los sacerdotes Godin y Daniel. Ponía al desnudo ante los ojos de los hombres de la postguerra que en Francia -y, sin duda, también en otros países- el número de creyentes y practicantes era ínfimo. Por el contrario, la gran masa era irreligiosa e indiferente.

Al instante, los pensamientos se dirigieron reflexivos sobre el hecho misterioso de la Iglesia, minoría pobre y débil en un mundo que ha crecido desmesuradamente fuera de ella y, a menudo, en contra de ella. Profundizando un poco más los teólogos descubrieron pronto que se trataba, quizás allí también, de una manifestación del misterio, a saber, la diáspora de los cristianos en un mundo del que son el fermento y la sal. Se iba perfilando un nuevo acercamiento de la Iglesia hacia el mundo.

En vez de interpretar el pequeño número de creyentes en un país indiferente como una derrota o un retroceso, en vez de juzgar esta situación con las categorías de ciudad de Dios y de cristiandad, quizás fuera necesario reconocer una verdad antigua, descubierta ahora de nuevo, de un testimonio de la Iglesia en el mundo. La Iglesia indudablemente debía estar presente en el mundo como servidora pobre; ejerciendo la "diakonía", como testigo de la esperanza en profunda pobreza y simplicidad evangélicas.

Nos encontramos en la misma base de los cimientos de la Constitución conciliar que comentamos, en la cual es central la idea de servicio y testimonio en el mundo.

En el mundo escribimos; en efecto, una nueva etapa del pensamiento ha sido superada desde el momento que nos hemos dado cuenta de que la Iglesia "en país de misión" es menos "del mundo" y más bien está en el mundo". El fondo de la cuestión es que en la Constitución conciliar la Iglesia en el tiempo actual no se presenta ya como "frente al mundo", sino como inserta "en él".

El movimiento bíblico

Es indudable el inmenso interés que ha despertado en los laicos durante los últimos años la lectura de la Biblia. Y esto constituye un hecho de gran importancia. La Biblia, en efecto, ha ido renovando en la fe y en el pensamiento del creyente católico el sentido de la unidad concreta del hombre, de carne y hueso, que vive en un lugar y un tiempo de la historia, que con la ayuda de Dios tiene la obligación de santificar y redimir. Estoy persuadido de que con el tiempo irá apareciendo cada vez más el importante papel de la Biblia en esta integración, en el corazón de la revelación, de los valores de libertad, responsabilidad y deber de transformar el mundo.

El humanismo cristiano

Entre los muchos casos que podríamos citar de humanismo auténticamente cristiano, en el transcurso de los últimos cuarenta años, ¹ nos vamos a fijar casi exclusivamente en el caso del P. Teilhard de Chardin. Este jesuita publicó tres artículos en la revista "Etudes" los años 1935, 1937 y 1939; por medio de ellos se introducía en la palestra del

pensamiento y de la controversia cristiana. Su mayor preocupación desde hacía años era saber si lo que las nueve décimas partes de la humanidad hace durante el noventa por ciento de su tiempo, a saber, construir la ciudad terrena, tenía algún sentido en relación con el reino de Dios; y esto, no ya mirando solamente la intención de caridad que debe presidir y animar la actividad de todo creyente cristiano, sino fijándonos en su mismo contenido.

Como se sabe, el P. Teilhard intentaba resolver este problema de una forma que integrara a la vez las *actividades* -el esfuerzo de humanización, de evolución y síntesis hacia la noosfera- y las *pasividades* -el sufrimiento y la muerte, la muerte de toda la humanidad- cuya importancia en su obra ha sido a menudo olvidada.

Teilhard lanzaba de golpe un intento de solución cristiana que integraba la sociologización, la organización a escala mundial y el progreso científico de la humanidad.

En mi opinión, es cierto que un buen número de sus respuestas quedan sujetas a discusión; pero ha planteado de tal forma el problema que no creo haya ningún teólogo católico que pueda dormir tranquilo, sino que todos deben esforzarse por encontrar un lenguaje que formule cristianamente la presencia de la Iglesia en el mundo creado.

Citamos sólo de paso la obra de Maritain tan incomprendida y atacada por muchos teólogos católicos; la presencia en Roma de Maritain el último día del Concilio, pocas horas después de la promulgación de la *Gaudium et Spes* era un signo profético para todos los que quisieron echar una mirada hacia el pasado.

Los documentos de Juan XXIII

Se ha hablado mucho sobre la riqueza humana de Juan XXIII; sobre el don que poseía de vibrar con los más humildes; sobre sus cualidades para simplificar los problemas.

Quizás no sea tan conocida la lucha que tuvo que sostener para poder publicar antes de su muerte esta encíclica de nombre tan significativo: "Pacem in terris". Este *in terris* indicaba bien claro la voluntad del Papa de señalar su fe en la paz de Cristo y su esperanza incansable de verla aparecer un poco "sobre esta tierra".

Basta saber que algunos de los que le ayudaron a redactar esta encíclica participaron también en la redacción de la Constitución conciliar, para darnos cuenta de que se ha cerrado provisionalmente el círculo entre el despertar del espíritu laical a fines de la Edad Media y el nacimiento del espíritu de *aggiornamento* y de diálogo en la *Gaudium et Spes*.

Notas:

¹Es necesario citar algunas de las obras publicadas entre 1925-1935, como por ejemplo *L'humanisme Chrétien*, de Masure.

Tradujo y condensó: LUIS VICTORI